

*El lugar secundario que ocupa hoy la Literatura en la educación y la pasividad de la sociedad ante el tema, replantean la pregunta de para qué sirve su estudio y lectura. El profesor Lázaro Carreter da cumplida respuesta en este trabajo, que servirá de introducción a un libro de explicación de textos clásicos y modernos, editado por Castalia, y en el que colaboran, con los más diversos enfoques, Lapesa, Blecua, Ayala, Zamora Vicente, Bousoño, Alarcos Llorach, Lain Entralgo, Amorós, López Estrada, Sobejano, Bustos, Alvar, Martínez de Pisón, Carballo Picazo, Seco, Capena y Carpintero.*

## FERNANDO LAZARO CARRETER

Las posiciones que hasta hace poco se han enfrentado en torno a la «utilidad» de la Literatura en la educación, pueden reducirse esquemáticamente a dos. Según la primera, la Literatura realiza valores eternos del espíritu humano; tales valores se imponen necesariamente al hombre, si bien no siempre de modo directo y espontáneo; de ahí la necesidad de incluir su estudio en el «currículum» docente para que pueda ejercer su benéfica acción. El educador, al tomar contacto en las aulas con la belleza literaria, se enriquece espiritualmente; al conocer la trayectoria histórica de las letras de su país, adquiere el orgullo de un glorioso pasado; por fin, aprende la hermosa lección de un ejercicio desinteresado en que el hombre ha afirmado sus potencias más exquisitamente humanas.

La segunda posición, que se manifestó con la difusión del marxismo, entiende que el arte no es un valor eterno, sino que ha sido históricamente conquistado por la

La Literatura no es, pues, según esta concepción, una «città aperta», como postula la sociedad tradicional, sino un escenario más de la lucha de clases. Y ello comportará consecuencias didácticas: las humanidades, si están en manos de un profesor concienciado, se centrarán en el valor documental de los textos como medios de conocimiento sobre el pasado y el presente social. Su estudio pondrá de relieve hasta qué punto las obras literarias son resultado de condiciones históricas injustas, y habrá de reordenar los valores artísticos en función de la postura crítica de cada escritor y de su posible utilización para el presente. Aunque, claro es, sin olvidar que aún las obras ideológicamente más reaccio-

la ideología burguesa y tendían en la práctica a colocar el arte en una ciudadela, al margen de cualquier contienda. En un documento que difundieron en 1970, titulado nada equívocamente *Glorificar el arte y la Literatura de la burguesía significa restaurar el capitalismo*, apremiaban a romper de una vez todas las relaciones con una clase que ha creado su patrimonio cultural con «un disfrute impiadoso de la sangre y el sudor del pueblo trabajador». Pocos años antes, Ernesto Guevara había lanzado su ataque contra el realismo socialista soviético, porque consagra una tendencia de la pasada centuria, y «el arte realista del siglo XIX es arte de clase, en el cual se transparenta la angustia del hombre alienado».

can políticamente significativos, manifestará por ese solo hecho inclinaciones reaccionarias).

Sin embargo, esta actitud no parece tan consecuente como la descrita anteriormente, y ha sido denunciada como una nueva forma de compromiso con la burguesía. No parece, en efecto, claro a determinados teóricos comunistas que Engels acertara al describir una interacción de las estructuras entre sí y con la base. K. Korsch le atribuye el propósito de edulcorar la pura ortodoxia marxista, de hacerla menos provocativa embotando sus filos. Y en la línea más avanzada del radicalismo italiano, en la que milita, por ejemplo, Romano Luperini, se aceptan las demandas de los correligionarios chinos, afirmando que todo el arte realizado o en marcha posee una influencia precisa sobre los hombres, en sentido conservador. Lo mismo el que se hace desde la burguesía como el que se levanta contra ella; el primero logra neutralizar el «horror» de que nace, con su innegable belleza, y el

# EL LUGAR DE LA LITERA

clase detentadora de los medios de producción, a expensas de una masa esclavizada. La Literatura, como la religión, la Filosofía, el Derecho, la política, etcétera, son formas ideológicas «superestructuras», condicionadas por una estructura económica. Esta, al favorecer a determinadas clases, debe dar origen a actividades literarias que no la inquieten. Invirtiendo los términos, este hecho abre una posibilidad revolucionaria: realizando un arte subversivo será posible actuar sobre la base misma, y el escritor unirá de este modo su esfuerzo a la actividad del proletariado. Quienes así piensan apoyan su parecer en la famosa carta de Engels a Starckenburg (25-I-1894), en la que afirma:

La evolución política, jurídica, filosófica, religiosa, literaria, artística, etcétera, descansa sobre la evolución económica. Pero reaccionan todas, tanto una sobre otra, como sobre la base económica. No es que la situación económica sea la única causa activa, y que todo lo demás sea sólo efecto pasivo. Existe, por el contrario, acción recíproca sobre la base de la necesidad económica, que, en última instancia, se impone siempre.

La posibilidad de actuar revolucionariamente sobre el sustrato dialéctico capital-trabajo se alza en el pensamiento de muchos marxistas —Stalin, y el último, Lukács, entre ellos— con otra posibilidad: la de hacerlo utilizando determinadas formas y manifestaciones literarias creadas por la clase dominante. En concreto, las del arte más progresivo y crítico de dicha clase, cuyo ápice fue la novela realista del siglo XIX.

narias pueden llevar una carga estética intemporal, unas posibilidades de goce anímico, de hacerlas atravesar los siglos. Diríamos que se alcanza de esta manera no una alianza, pero sí un pacto de convivencia entre los puntos de vista burgués y socialista, que se ha mantenido hasta hace pocos años en la pedagogía de gran parte de los países occidentales. El bien estético, como atributo eterno del hombre o como conquista histórica, no ha sido cuestionado en cuanto objeto de estudio, y la pregunta de para qué sirve la Literatura hubiese sido impensable hace sólo diez años.

Pero los acontecimientos se han desarrollado con gran celeridad. La Literatura no es una criatura inocente e im procesable para los últimos radicales. Ya W. Benjamin, en sus *Tesis de filosofía de la Historia*, había escrito que «no existe documento de cultura que no sea al mismo tiempo documento de barbarie», por cuanto se afirma sobre un supuesto —la esclavitud de la clase trabajadora— que no puede ser pensado «sin horror». El radicalismo marxista más reciente se muestra particularmente sensible a este sentimiento de horror, y actúa urgido por la precisión de romper todo contacto con aquel pasado lóbrego. Los teóricos occidentales que habían imaginado una posible prórroga, convenientemente filtrada y matizada, del arte burgués (la cual permitiría salvar como objetivamente válidas aquellas obras que no mixtifican las verdaderas relaciones de la estructura social), han sido súbitamente rebasados por los efectos de la revolución cultural china: los comunistas orientales han anatémizado a quienes, de hecho, postulaban una simbiosis con

Por tanto, desde este frente de lucha se repudia enérgicamente cualquier pacto que implique reconocer la posible supervivencia de los productos culturales habidos hasta ahora. La Literatura, lo que canónicamente entendemos por Literatura, incluso la de vanguardia, que por su poder corrosivo y su origen no comercial deseaba salvar Marcuse, debe ser pulverizada. Y la destrucción se ofrece como única pedagogía posible.

Esta es la certidumbre que da viento a las más visible y, por ello, menos solapada de las banderas antiliterarias, pero no congrega grandes huestes. Muchos alumnos progresistas postulan el simple olvido selectivo de las antiguallas consagradas por la ideología burguesa, y desean imponer programas que sólo acojan autores pretéritos rebeldes y, sobre todo, contemporáneos en quienes la proletarianización paulatina del intelectual haya despertado una conciencia de clase. Este anhelo que como reivindicación urgente se manifiesta hoy por gran parte del alumnado, se ha expresado en años anteriores bajo la forma de un deseo general de que los programas incluyeran la Literatura más reciente, justísimo deseo que, debe decirse, contrarieron sistemáticamente los planes de estudio o la realidad de las aulas. Como reivindicación o como deseo, se ha llegado así a consagrar el mito de la Literatura contemporánea, en revancha contra el mito académico del clasicismo. Un simple recital de poemas escritos por autores actuales hostiles a la burguesía, tengan o no contenido socialmente crítico, se convierte en ceremonia «contestataria» (por el contrario, el profesor que se aplica al estudio de un texto cuyos valores no parez-

segundo, el que se propone debelar los valores burgueses, pierde en la obra su peso negativo «per il semplice fatto di essere strumentale pur sempre a un valore che la borghesia riconosce como supremo: quello dell'arte». Luperini niega a la literatura cualquier tipo de poder revolucionario, y el crítico debe poner su esfuerzo en revelar su núcleo cognitivo, la realidad de contenido que toda obra comporta, arrebatándole su máscara estética para descubrir el «horror».

De esta manera, el mito de la contemporaneidad resulta ser menos consecuentemente revolucionario que la simple exigencia de exterminar todo el arte, aun en sus formas más progresivas, porque éste sigue elaborándose con el sudor y la sangre de millones de hombres que aún aguardan redención. Pero, insisto, esta postura extrema, que traería la supresión de toda actividad cultural —la vuelta a la Prehistoria, como se afirma del lado soviético—, en espera de que un futuro triunfo del proletariado cree las condiciones necesarias para que pueda surgir un arte sin mácula culpable, no está tan extendida en Occidente como la creencia en que es posible intervenir sobre las estructuras para remover la base. A la primera corresponde la pretensión de suprimir los estudios literarios; a la segunda, la demanda de unos programas definitivamente orientados. Una se resuelve en el propósito de enterrar el arte; otra, en el de inhumar sólo aquello que no sirve para transformar el mundo.

En 1967 se publicó en los Estados Unidos un libro de honda influencia; once profesores eminentes—entre ellos, Chomsky—procesaban, la Universidad tradicional, haciendo causa común con la re-



# LITERATURA EN LA EDUCACION

vuelta estudiantil y orientándola. Uno de ellos, L. Kampf, del MIT, titula su trabajo: «El escándalo de las cátedras de literatura». Se trata de un brioso alegato contra la enajenación que padecen muchos profesores al privar a sus investigaciones y enseñanzas de todo contenido humanístico. Practican una actividad destinada a los colegas: no se sienten responsables ni ante su trabajo, ni ante los alumnos, ni ante la vida. En la Universidad, su misión consiste en preparar a otros potenciales profesores para que hagan lo mismo, y en aportar títulos, cuantos más mejor, a un magno panteón de trabajos muertos. Su finalidad es alcanzar el paraíso del contrato, del puesto estable, de adquirir prestigio en una actividad por cuyo sentido último nadie se pregunta: «Todo futuro profesor sabe que la Literatura interesa sólo como ocasión para exhibirse, que es sólo un medio para hacer carrera». Señala cómo la mayoría de sus colegas se aplican al estudio sin meditar nunca qué fines filosóficos deben alcanzar y qué verdad persiguen; se limitan a acumular grandes cantidades de datos —y apelan ya a los cerebros electrónicos— que luego comentan de modo intrascendente. «El verdadero escándalo de los institutos literarios —dice— está en su falta de ideas, en su bendita ignorancia filosófica». La historia literaria es en ellos mera narrativa histórica, inventario de datos sin hipótesis explicativas; faltan o escasean las ideas sobre el pasado y, sobre todo, las que religan ese pasado a nuestro presente. Y así, privada de ideas y de juicios,

... la historia literaria entra al servicio del «statu quo»...; re-

nunciando a encontrar una explicación de nuestra Literatura actual en las raíces de la Historia, renunciamos a la posibilidad de criticar nuestras propias acciones.

La gran ausencia de todas estas actividades vacías que Kampf describe con pasión es la crítica propiamente dicha. Una crítica que salga de sus propias prisiones, de ser un código para profesores, y que trate de inquirir qué significan los textos en la vida de la comunidad. Pero afrontarla así produce temor, porque puede ser un peligro para la carrera docente; manteniendo la Literatura en su ciudadela sin interrogarla apremiantemente desde nuestras necesidades y angustias actuales, velamos éstas, y con ello, cualquier definición: el trabajo académico se convierte en un juego neutral con un objeto desvitalizado, cuya razón de ser no se pone en duda. Y muy pocos se preguntan por qué es la Literatura un bien y por qué es necesario estudiarla. Vagamente, retóricamente, se invocan sus valores espirituales y su decisiva función social en el marco de un humanismo que sólo de palabra se reconoce como evidente. Pero —prosigue Kampf— «es necesario combatir estas hipocresías. ¿Qué significa que el físico constructor de misiles ama las obras de Proust? Si fuera verdad, abandonaría a aquel trabajo... Los alumnos de cursos avanzados de gestión industrial leen a Melville; pero un hombre a quien gusta *Moby Dick*, ¿cómo puede convertirse en una hiena capitalista?».

La vehemencia del profesor de Boston no quita razón al diagnóstico de uno de los factores que contribuyen a la crisis actual de los estudios literarios, y para no tener que referirme a nuestra pro-

pia realidad, he preferido aportar el testimonio de lo que ocurre en un país donde, pese a todo, los estudiantes de gestión industrial leen a Melville, donde las enseñanzas humanísticas cuentan aún con una impresionante protección, donde no es raro que los políticos ilustren sus discursos con citas literarias y que los físicos se embelesan, aunque inconsecuentemente, con Proust. Kampf acusa a sus colegas de haberse burocratizado; enseñar Literatura es, para ellos, un oficio, no una misión; de ahí que eviten los aspectos más comprometidos de la docencia, los propiamente críticos, y que los sustituyan por una mera mostración de hechos. ¿Son capaces de ejercer tales hechos una atracción sobre el alumnado, y pueden unos estudios concebidos así ganarse una mínima respetabilidad? Y he aquí cómo esta situación que gran parte de los profesores hemos patrocinado con nuestra propia actitud, sin darnos cuenta de que el mundo se movía, está detrás de muchísimas voces que, sin acentos revolucionarios definidos, nos preguntan hoy para qué sirve estudiar Literatura.

El alumno de extracción burguesa, hasta fechas recientes, se ha solido instalar en el aula literaria con toda normalidad. Cuando se enfrentaba con el programa, podía sentir hastío, pero no enojo. Solía acontecer lo mismo con los estudiantes de clases inferiores incorporados a grupos predominantemente burgueses, cuyos afanes estaban puestos en prorrogar esa inserción más allá de la edad escolar. En las clases homogéneas u homogenizadas de ese tipo, el alumno, al valorar los estudios literarios en términos prácticos, podía llegar a la conclusión de su

escaso atractivo, pero no a su descalificación. El pedagogo, con tales educandos, luchaba con un único objetivo: el de abrir brecha en su resistencia perezosa o en su falta de sensibilidad; tenía que vencer síntomas carenciales, pero no una oposición activa. Contaba, además, con la colaboración de la familia, la prensa, las revistas, la «buena sociedad», por lo general acordes en conceder a la Literatura una atención cortés y hasta deferente. Algunos muchachos llegaban a descubrir en el aula que el ambiente familiar no les había dotado de aquella curiosidad o de aquella aptitud receptiva, y sentían decepción: no pocos escritores, críticos, profesores y eruditos se han sentido vocados a tales actividades como reacción contra aquel ambiente.

Esta situación ha sido muy confortable para el profesor, y ha dado lugar, donde lo ha dado, al desarrollo de métodos eficaces para fomentar la afición a la lectura consciente de los textos, parte como satisfacción del ocio, parte como complemento prestigioso de la personalidad. El tono medio de la cultura europea alcanzó con ello altas cotas, muy por encima de las españolas, donde la enseñanza de la Literatura ha sido, en general, amotética, y se ha limitado, con excepciones honrosas, a la exposición y aprendizaje memorístico de la historia literaria, con leves merodeos por los textos mismos. Aun así, no se regateaba significación a estos conocimientos: localizar a Berceo o a Garcilaso como poetas de la Edad Media y del Renacimiento, respectivamente, era indicio cualificador; si además se habían leído algunos de sus versos, ello concedía patente de no mediocre cultura. Pero he

## EL LUGAR DE LA LITERATURA EN LA EDUCACION

aquí que esta situación ha sido violentamente alterada por la burguesía misma, transformada en capitalismo, con la irrupción de la era técnica.

Los nuevos fines del capital precisan, para ser alcanzados, la colaboración de una masa notable de trabajadores que ya no sean simple «mano de obra»; no basta con su rudimentario paso por la escuela elemental, y ha sido necesario disponer de medios docentes para su formación, para poder ampliar su capacidad adquisitiva y, en definitiva, para convertirlos en compradores. El resultado ha sido la elevación del «nivel de vida», justísimo acontecimiento sobre el cual no cabe objeción. Si cabe hacerla a ciertas explicaciones del hecho, a llamar «democratización» al consumismo y a las medidas que lo hacen posible, a entender que con esas medidas se están satisfaciendo los deseos de la clase trabajadora cuando reclama su derecho a participar. Pero las cosas son así, y debemos partir de este hecho: el actual «boom» escolar es el aspecto que en el orden docente presenta el consumismo: el acceso indiscriminado a las aulas — y ya no por Indiscriminación económica, sino intelectual — se corresponde con el acceso a todos los objetos, placeres y comodidades comprables. Hemos pasado a una situación nueva, y en ella tiene que actuar el profesor de Literatura. Cesó su situación confortable, y hará mal en limitarse a la queja, a refunfuñar contra la «barbarie», a añorar un pasado que no era más satisfactorio para los hombres, aunque fuese más cómodo para él. No lo asediaban estudiantes progresistas o inconformistas, no se cuestionaba — a lo más, se compadecía — su trabajo, el aula literaria no era invadida por masas con atuendos informales para preguntarle qué hacen ellos y él allí. Pero tras ese friso de frentes aparentemente impenetrables, hay almas humanas que le piden auxilio para realizarse como hombres y mujeres. Lo solicitan a veces arrogantemente, proclamando a gritos la inutilidad de nuestra mercancía, y, sin embargo, sabemos que esa mercancía no es mala. Su rechazo «a priori» fortalece nuestra convicción, porque quienes niegan todo valor vital a la Literatura, son víctimas de una enajenación aflictiva. Veamos algunos aspectos que esta nueva faz de la enseñanza presenta a la hora actual y cómo pensamos que debe comportarse el pedagogo ante ella, entre disposiciones oficiales que recortan el radio de su acción y una clientela reacia e involuntariamente hostil.

Como decíamos al principio, la súbita reducción del papel de la Li-

teratura en los planes de estudio ha sido acompañada de un incremento de los programas de Lengua, lo cual supone un sorprendente cambio de rumbo, teniendo en cuenta la proporción inversa que se mantenía desde el final de nuestra guerra. ¿Qué sentido tiene esta corrección? Sencillamente, estamos ingresando en un nuevo templo consagrado a la eficacia, porque resulta difícil creer que tras este impulso, necesario, aunque mal dado, a los estudios idiomáticos aliente un sincero ideal humanístico. Se me permitirá que apele de nuevo a testimonios ajenos que iluminen lo nuestro con luz más intensa.

En el *White Paper* publicado por el Gobierno inglés en 1956 sobre la educación técnica, se leían estas palabras:

En cierto sentido, todo progreso técnico se apoya en el común fundamento del lenguaje, y habrá que prestar más atención a la enseñanza del inglés, cuyo buen uso ahorra tiempo y dinero, y evita molestias.

Es cierto que esta afirmación no se hacía a propósito de toda la educación, sino tan sólo de la técnica. Pero cuando los ideales técnicos han invadido tan poderosamente el mundo, cuando están tan obsesivamente presentes en tantos programas estatales, cuando gran parte de las comunidades los reciben como salvadores, no creo que sea extrapolar el significado, ciertamente limitado, del *Paper* inglés si se utiliza para interpretar la súbita «vedetización» de la enseñanza idiomática en nuestros planes: dominar la propia lengua — y alguna extranjera, a ser posible — es condición conveniente para una perfecta tecnificación (de ahí el despista de quienes se han puesto a explicar apresuradamente lingüística teórica bajo los auspicios de ciertos ICE despistados).

Las reacciones, por no salir de Inglaterra, se están produciendo con energía. En 1968, el suplemento literario de *The Times* (25-VII) publicó una importante colección de artículos sobre «The Teaching of English Literature». En uno de ellos, el profesor Colin Falk afrontaba este problema y planteaba desnudamente la cuestión: los técnicos creen que la misión de los colegas humanistas consiste en ponerse a su servicio enseñando «buen inglés», y añadía:

Las presiones para lanzarse a un trabajo de este tipo son difíciles de resistir, pero los profesores han aprendido o están aprendiendo a hacerlo: no se dedican a la enseñanza para eso, para ser meros auxiliares de la técnica.

Y tras unas consideraciones, perfectamente suscribibles, sobre los efectos alienantes de una civilización tecnificada, plantea la necesidad moral de que el profesor de Humanidades defraude las esperanzas que el Estado y buena parte de los ciudadanos ponen en él: «La honestidad espiritual puede exigir del profesor una elección entre insertar a sus alumnos en la sociedad actual o educarlos contra ella», y como esa exigencia se le plantea, si es honesto, la única opción posible es combatir la sociedad técnica. El conflicto no se establece contra la ciencia misma, que es una preclara manifestación del espíritu humano, sino contra el ciego y deshumanizante puesto que se le está atribuyendo en la jerarquía de los valores.

Matthew Arnold esperaba que la literatura nos civilizara, pero hoy estamos dispuestos a reconocer (o a recordar) que la literatura tiende naturalmente a subvertir, y que la mayor parte de la Literatura moderna es nihilista y destructora respecto del orden establecido en la sociedad tecnológica.

¿Es ese poder revulsivo, podemos preguntarnos, el que aparta, como a un colérico enjambre de abejas, los estudios literarios de esa nueva sociedad? Radicalismo marxista, por un lado; temor y eficacia capitalista, por otro... ¿Tiene algún puesto en medio, mientras no se declare oficialmente su extinción, el profesor de Literatura?

Henos, por fin, ante la realidad social misma: alumnos desviados de las aulas más específicamente humanísticas por los planes, y, por tanto, inaccesibles ya y perdidos para la acción de las letras. Y otros que aún no han sido apartados, en la Enseñanza Media y Universitaria, pero que hostigan con poco amistosos porqués. El profesor reacciona quejándose del materialismo, del fanatismo, de la ignorancia de los escolares, pero aunque tenga razón, no es lícito que se limite a eso: los viejos tiempos no volverán, y no le cabe sino adaptarse a los nuevos o dimitir.

Por lo pronto, ese alumnado ignora es inculpable. Hallamos que pueblan el grado medio de la educación los muchachos de siempre, los de procedencia burguesa, que, salvo en raros centros, se mezclan en las aulas con una masa, ya dominante, de alumnos de clases inferiores. Los primeros no vienen como antes, activa o pasivamente predispuestos en favor de la Literatura, porque en los medios de que proceden, o es mirada con sospecha, o se califica de inútil, de poca serie. Un sentido del ahorro ener-

gético polariza a esos estudiantes hacia las materias rentables a corto plazo; la competencia que impone la sociedad tecnificada es feroz, y no puede perderse el tiempo en actividades de lujo. Esto mismo lo sabe el hijo del empleado, del tendero, del obrero especialista, del vendedor de grandes almacenes, que ahora se lanza a la lucha para conquistar un difícil puesto en la sociedad del bienestar. Se diferencia del alumno burgués en que comparece ante la educación media con un equipaje lingüístico mucho más pobre y, por tanto, con una capacidad de expresión y de inteligencia muy insuficiente: en la clase social de que procede ha aprendido un código del español muy restringido, formado por unos pocos centenares de palabras, unas reglas sintácticas rudimentarias y unos clichés que, ayudados por el gesto, valen para cualquier ocasión. De pronto se encuentran con el lenguaje más elaborado de los profesores y de los libros, y su situación es dramática, pero van saliendo adelante como pueden. Los planes y la sociedad invitan al profesor de Letras a que ayude en este conflicto prescindiendo de la Literatura o, si la usa, reduciéndola a un papel instrumental. Tal vez así la acepte el alumnado, más o menos a regañadientes, pero la rechazará si se la trata como fin en sí misma; si un profesor hábil y sensible logra contagiarlos con su propio entusiasmo ante un texto, lo acompañarán, sin duda, pero no faltará quien luego se avergüence de aquel inútil viaje. Lo que hoy llamamos vida tiene ese ceño torvo, e, insisto, nuestros alumnos son inculpables del tiempo y las circunstancias en que les ha correspondido competir por un hueco en ella. Aplastados entre ideologías que positivamente combaten el arte, es lógico que se sumen a las protestas o vuelvan la espalda a las tiendas de humanidades que aún permanecen abiertas: los vientos no mueven la veleta en esa dirección.

Y, sin embargo, las Facultades de Letras están invadidas por millares de alumnos. ¿Crisis del humanismo, cuando sus templos se hallan abarrotados? Se multiplican tales Facultades, y pronto todas las capitales de provincia contarán con un Colegio Universitario identificablemente consagrado a nuestros estudios; es de esperar que en una próxima vuelta se colmen los anhelos universitarios, no menos vehementes, de las cabezas de partido. Se esgrimen como pretexto la descongestión y la presente baratura de los estudios humanísticos, sin que nadie parezca preguntarse para qué y hasta qué punto la sociedad española necesita millares de gradua-



dos en Letras y cuál va a ser el porvenir de éstos, cuando se alcance la saturación docente, en el seno de una sociedad que se desea tecnificar a ultranza.

Esta plétora es signo de congestión, no de salud para nuestro humanismo. Acuden a esta carrera multitud de muchachos que no pueden hacer otra cosa, que huyen de otras, que estiman satisfactorias las posibilidades profesionales que de momento ofrece la nuestra. Su huida de las Lenguas Clásicas y de la Filosofía es sintomática, como su orientación hacia la Psicología y la Sociología en su aspecto aplicado. La Literatura no halla ante sus ojos gracia especial, salvo en los inclinados a los estudios filológicos; en los estudios comunes —ignoro al redactar estas páginas cuál será el plan del primer ciclo universitario— se prolonga la situación de rechazo o desinterés que se observa en el Bachillerato. Y aun los filólogos suelen exigir «otra cosa» a los profesores de Literatura: no querría ofender a nadie si pienso que en algunas ocasiones, muy razonablemente. Con otros caracteres, la «contestación» alcanza, pues, también a nuestras Facultades, que han sido tradicionalmente minoritarias al serlo los saberes por ellas cultivados. ¿Pueden convertirse en centros docentes multitudinarios sin quedar automáticamente disueltos? Esto es lo que en realidad está ocurriendo, y no carece de significado el hecho de que sean las principales protagonistas de la in-

quietud estudiantil, y ello se debe, entre otros, a esos dos motivos aludidos: lo aleatorio de las «vocaciones» que a ellas concurren y su propia falta de inventiva para hacer frente a la masificación. Por ambas causas, las disciplinas literarias se hallan entre las principalmente afectadas. La Literatura que de ordinario interesa a los estudiantes es la que puede usarse como arma de combate: su estudio parece una actividad arqueológica escasamente atractiva y se tiende a dejarlo recluido en las secciones de Español: normalmente lo rechazan los alumnos de Arte y Clásicas, y nadie muestra el menor fervor por mantenerlo en los cursos propedéuticos. También en las Facultades de Letras la Literatura se bate en abierta retirada.

Con todo, ahí hay todavía millares de jóvenes convencidos de que a la gran desahuciada le queda mucha vida. Lo demuestran recurriendo a ella para apoyar su esfuerzo, su lucha por un mundo mejor. Que piensan en su utilidad como palanca para transformarlo. Que ensayan con ascetismo dramas para representarlos, donde y si pueden, como gritos de alerta. Que escriben poemas tercamente, con la certidumbre de que realizan actos de trascendencia cívica. Que protestan en la clase de Literatura demandando otro rumbo, aunque no sepan bien cuál. Miles y miles de jóvenes de todo el mundo, y en nuestras aulas también, que sienten cómo les late el alma y se resisten a dejársela

amordazar. Para ello, la abren a cualquier soplo, a cualquier llamada que avive su esperanza, y antes que rendirla, no vacilan en suicidarla con la negación y el nihilismo.

¿Puede permanecer sorda la pedagogía literaria a esta demanda de incardinación en la realidad presente que de este modo se le hace? ¿Puede continuar en su ciudadela para pocos y escogidos? ¿O tiene que salir a encauzar ese desorden y a capturar a los demás, a los que parecen muertos para las Letras? Estos, por lo pronto, poseen un conato de espiritualidad auténtica. Participan de la cultura de masas, tienen sus gustos y sus héroes, leen algo, aunque no sea clasificable en la «gran Literatura»; les place el cine, tal vez la televisión y las fotonovelas... Son los necesarios escapes para que el corazón no les estalle de inhumanidad. Mientras las aulas literarias permanezcan abiertas, hay que confiar en su posible rescate, hay que luchar por lograrlo; pero, claro es, teniendo una clara noticia de los objetivos y de los métodos. Desautorizar o censurar los gustos dominantes en nuestros alumnos, mofarse de ellos, declararlos incapaces e ignorantes, es fácil tentación para el profesor, que debe evitarla: no le perdonarán este alarde de superioridad, esta injusta intromisión en sus vidas, y se ahondará la sima entre ellos. Hace falta abrir un camino nuevo, porque los anteriores no sirven y nos conducen al fracaso; debemos meditar con lucidez y sin añoranzas cuál

puede ser el sitio de la Literatura en el seno de la compleja sociedad que nos rodea.

Evidentemente, la táctica no puede ser la misma en la enseñanza llamada ahora básica y en el Bachillerato que en la Universidad. Reciben las primeras millones de jóvenes ciudadanos cuyo futuro profesional discurrirá por múltiples sendas que no atraviesan el territorio de las Letras. Por otra parte, parece que el nuevo sistema educativo no va a depararles largo contacto con ellas. Se trata, pues, de compensar con la intensidad lo que la extensión no permite, captándolos con un trabajo cuya utilidad les resulte innegable. La Literatura, considerada como simple sede de belleza, no posee fuerza penetrativa; menos, si se presenta como mera sucesión de hechos. Los alumnos no participan ya del sentimiento reverencial de la antigüedad, anejo a la cultura minoritaria burguesa. Por el contrario, en muchas ocasiones constituye un desvalor, y no hemos de asustarnos si un gran poeta clásico o moderno les resulta insufrible y encuentran extraordinariamente hermosas las canciones de moda; no sólo no debemos asustarnos, sino que debemos comprenderlos y hacer, incluso, un esfuerzo para situarnos en su lugar. Ese gusto que juzgamos extraviado es el indicio de su naturaleza humana, de su elemental espiritualidad. De él hay que partir; sobre él hay que sembrar la nueva semilla, casi imperceptiblemente, para que nadie se dé cuenta de que, en realidad, se está iniciando una operación quirúrgica. Operación que sólo puede realizarla el profesor con un instrumento, la explicación de textos, diestramente manejado para este fin.

Aunque el primer día de clase situemos a los escolares ante un poema de nuestro gusto, que nos parezca sencillo, transparente, apto para niños, conseguiremos normalmente disponerlos en contra, porque aquello no forma parte de su cultura. Démonos cuenta de que el profesor de Literatura está en grave desventaja respecto de sus colegas científicos. Los alumnos no tienen ideas físicas, matemáticas o biológicas definidas; si alguna tienen y es equivocada, están dispuestos a reconocer su error. Pero les agradan determinadas canciones y poseen vivencias líricas arraigadas; orientan su gusto a determinados géneros narrativos y dramáticos con preferencia a otros; la cultura popular les ofrece una amplia gama de opciones, no siempre desdeñables, y ellos realizan elecciones apasionadas y cambiantes, en función del movimiento de intereses y preocupaciones que se producen en el tránsito de la niñez a

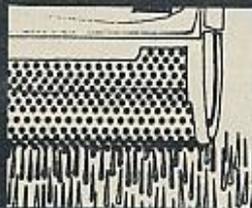
# Multiplícamos por tres el valor de su máquina de afeitar.

Lectric Shave de Williams, aplicado sobre el rostro antes de cada afeitado, consigue un rendimiento tres veces mayor de su máquina de afeitar, porque:



Lubrica su piel para que su afeitadora se deslice rápida y cómodamente.

Endereza su pelo para que las cuchillas, rotatorias o de vaivén, lo corten bien a fondo.



Evita la irritación del cutis prolongando su acción suavizante muchas horas después del afeitado.

No importa que su máquina de afeitar sea vieja o moderna, gracias a



Lectric Shave de Williams es posible obtener afeitados más agradables. Y mucho más duraderos. Use Lectric Shave de Williams. Su máquina eléctrica bien merece otra oportunidad.

**Lectric Shave de Williams.**



**Lectric Shave de Williams.**

## EL LUGAR DE LA LITERATURA EN LA EDUCACION

la adolescencia. De ahí que sea un error ir contra corriente: nuestra aspiración no puede llegar a más que a recogerla para orientarla conforme a un plan didáctico que se ajuste a las exigencias de la edad de los muchachos y no a nuestros gustos maduros. Si al instalarlos en la clase de Literatura se les enfrenta con el poemilla que todos cantan, con el relato que han leído o desearían leer, con los objetos culturales de consumo, y se les presentan con respeto, sin gestos de escándalo que los humillen, habremos dado un paso fundamental: habremos ganado su confianza, porque se sienten invitados a reflexionar sobre algo que les pertenece.

Dejo sin justificar por qué hemos de minar la adhesión de sus espíritus a la cultura popular: este libro va dirigido a convencidos de que tal cultura suele estar comercializada y de que se produce como medio de fijación de la masa en una conciencia acrítica. Con todo, hay en ella grados de calidad y de invitación al conformismo. Se trata, por tanto, de enseñar a percibir lo que es inauténtico, mero producto comercial, halago de sentimientos elementales, disimulo de problemas y droga calmante. Ir revelando poco a poco, con cautela, cómo tras esa cultura, de rudimentarias bases creativas, se oculta una poderosa industria que medra desviando y alimentando mal la inquietud de las gentes, predispondrá a una favorable recepción de otras fórmulas. Y es entonces, casi como resultado de una demanda, de una curiosidad expectante (aunque tal vez, por mucho tiempo, recelosa), cuando la Literatura puede hacer su aparición. La maestría de un profesor se manifiesta en la elección de los textos que ha de comentar con sus alumnos: no todos valen ni son adecuados para cualquier momento. La discusión que siempre debe ser la clase en esos niveles medios impondrá unos u otros, para que nuestra demostración tenga la debida oportunidad.

Por lo pronto, la gradación del trabajo exige que no presentemos a los alumnos textos indiscutibles, «perfectos» en nuestra opinión, o de difícil conexión con su realidad: los elegidos deben permitir la posibilidad de ser debatidos y convertidos. Escuchar lo que digan los escolares sobre ellos, atender sus juicios, puede constituir tal vez una penosa prueba para el profesor, pero no debe olvidar que bajo la ramplonería late muchas veces la razón. Y que ese gran arte responde casi siempre a categorías y valores de una clase social y de unas circunstancias históricas dadas que rara vez coincidirán con las del

alumnado. El intento de instalar a éste en tales valores y en tales circunstancias, además de ir destinado al fracaso sería una suerte de traición. De ahí la necesidad de que la crítica sustituya a la beata admiración. Criticar, ante muchachos jóvenes, consiste en contrastar dos realidades: la de ellos y la del escritor, no para que prevalezca una, sino por el simple juego, por el provecho del ejercicio. Importa mucho que el auditorio reconozca, a partir de un cierto momento, los méritos objetivos del texto como propósito de ahondamiento en lo humano y como logro artístico, pero esto sólo se conseguirá si antes se le ha arrebatado su aura mítica, si se ha renunciado a mostrarlo como canon inobjetable, si los muchachos advierten su relatividad, los aspectos que merecen su adhesión y aquellos que no le sirven. En suma, la explicación de textos tiene que habituar a los alumnos a entender y a disentir; lo que equivale a aprender con plena responsabilidad.

Naturalmente que conducir bien este ejercicio es sumamente difícil y que requiere cualidades artísticas más que artesanales. Muchos profesores, por ser doctos en historia literaria, piensan que explicar un texto es algo que entra natural y necesariamente dentro de sus capacidades, y que sus hábitos y títulos los cualifican en grado máximo para la crítica, mediata o inmediata, cuando la Universidad, salvo excepciones, los ha preparado sólo para contar hechos. Pasar de la Literatura a la vida, haciéndose acompañar por unos alumnos en principio desinteresados por aquélla, requiere dotes que deben ser cultivadas mediante un sincero interés por el mundo en que los muchachos se mueven; la erudición y el saber, que pueden bastar a nuestros colegas científicos, son insuficientes para el profesor de Literatura; a esto alude Kampf cuando le exige una preocupación filosófica. Para hacer comprender a los estudiantes que la Literatura no es enemiga suya, se precisa que perciban claramente su utilidad. Y ello se logra ejercitándolos en la crítica, sacando la obra de su Olimpo estético y haciendo ver patentemente que es obra de hombres con el alma muchas veces mutilada, como la nuestra, por las circunstancias históricas en que vivieron, por el estado de la sociedad, por sus propias conveniencias, por ideales inconsecuentes, por una ceguera manifiesta ante los problemas que ponían entre paréntesis para crear... Debe enseñarse a ver cuanto dice la obra, pero también los espacios que dibuja con sus silencios. Todo artista, como todo hombre en el ejercicio de su albedrío, contrae una

responsabilidad; un joven ciudadano tiene que ser adiestrado para explorarla con justicia, proporcionándole los códigos sociales, o psicológicos, o políticos, o morales con que tuvo que contar el escritor. Es así como el saber histórico-literario alcanza sentido e ilumina nuestro presente y habilita para el autoanálisis del comportamiento. Mediante el comentario de textos, los estudiantes deben entrenarse para el ejercicio crítico, para la no aceptación de nada que les venga en el futuro desde la demagogia o desde la explotación enervante sin hacerlo pasar antes por la aduana de la razón.

Dice el profesor Falk, en su citado artículo de *The Times*, que el profesor de Literatura está abocado, por imposición de su conciencia, a una función política. Me parece evidente si con ello entendemos no una función proselitista concreta, sino la de enseñar, que en la partida que el hombre debe jugar la conciencia dispone de otras cartas además de esa sí que se le intenta sacar con hábiles arrastres. Esto, en medio de las adhesiones de uno u otro tipo, pero siempre imperativas, que se nos exigen a niños y adultos, a alumnos y a profesores, posee un inequívoco signo político. Ver con los propios ojos, entender lo que se dice y lo que se oculta, comprender racionalmente a qué se nos quiere llevar, percibir los huecos intencionales que deja un manifiesto o un discurso con sus omisiones y las caricaturas de la realidad que se intentan hacer pasar por retratos, son actividades políticas: lo es todo gesto que no sea asentir sin reflexión. Y ocurre que esta destreza sólo puede adquirirse, dentro de todo el sistema docente de grado medio, en las erosionadas clases de Humanidades, y de modo especial, en las de Literatura.

La reforma educativa ordena la creación de un primer ciclo de estudios universitarios, que habilitará para impartir la Enseñanza General Básica. Me parece obvio que las Facultades deben disponerse a preparar profesores para esa función, renunciando a sus fines especulativos anteriores. La situación que describe L. Kampf para los Estados Unidos, y que probablemente vale para cualquier país, debe cambiar como vía de salvación de los estudios literarios y para que éstos puedan asumir el papel que les corresponde en la construcción de la nueva sociedad.

No significa esto que la misión de la Universidad concluya en formar profesores socialmente útiles: si se la quiere reducir a eso, habrá que ir pensando en una nueva Insti-

tución donde pueda cumplirse la otra, insoslayable desde Humboldt: la creación de ciencia. Pero los dos años de licenciatura y los posteriores de doctorado dan margen suficiente para el cultivo de la Literatura como materia autónoma, inmediatamente ajena a su utilización posterior. A ese nivel, contamos ya con alumnos definitivamente captados para las Letras, comprometidos con ellas y dispuestos a someterlas a examen con las metodologías más diversas o a explotar sus zonas aún ocultas mediante el trabajo erudito. De ellos depende la supervivencia de las Humanidades españolas como disciplina científica. Más o menos, es a esta vertiente a la que ha sido proclive la enseñanza universitaria hasta ahora, desatendiendo gravemente la otra, la que mira hacia una sociedad menesterosa de ayudas energías. Como consecuencia, muchos profesores de Literatura en los grados medios, desprovistos de otras armas, han tenido que debatir ante alumnos desatentos los únicos temas que vieron tratar normalmente en la Facultad, y con los mismos métodos: los de la Literatura para profesionales, para personas que no la cuestionan.

Entiendo que nuestros alumnos universitarios están llamados a una nueva misión, por acción de una Universidad que debe renovarse radicalmente si no quiere ser arrasada. En sus futuros puestos docentes les aguarda una lucha desmitificadora contra poderosos enemigos del hombre, que, para mayor dificultad, cuentan con muchos de los jóvenes escolares como inconscientes aliados. La empresa de romper tal alianza no carece de riesgos ni es fácil que se permita su ejercicio sin trabas. Pero debe intentar la el profesor para que su tarea no se pierda en la incompreensión general ni se disuelva en la pregunta de para qué sirve lo que enseña. Su razón de ser está en juego. A través de la discusión de los textos, de una lucha a brazo partido con ellos, estará inculcando a los futuros adultos las virtudes del examen crítico, de la desconfianza ante lo evidente, del asentimiento o la disensión conscientes. Estará, sencillamente, educándolos para la democracia, para la razón como única fórmula persuasiva, para la participación indiscriminada en una cultura no alienante, la cual no puede destruirse para regresar a la Prehistoria, ni dejarse de lado porque estorba para la eficacia técnica, ni ahogarse para que pueda sobrevivir el modelo antihumano del hombre consumidor. Una cultura, en suma, como dice Kampf, que satisfaga el instintivo deseo humano de verdad, bondad y belleza. ■ F. L. C.